

Sobre ser-estar-estar-siendo

La física clásica griega llegó ya a distinguir cuatro elementos: agua, aire, fuego, tierra. e los llamó «elementos» porque todo lo físico resoluble o resuelto por diverso procedimientos —cortar, disolver, volatilizar, aplastar...— daba siempre por resultado o agua o aire, o tierra o fuego. O una mezcla de todos, de algunos, de ellos.

Pero los elementos tenían —se creía o pensaba y experimentaba; más estrictamente dicho según historia, se observaba por ojos, manos, oídos, olfato...— cada uno una propiedad exclusivamente suya que los definía. Así el agua la liquidez. La poseía cual propia ella sola. Nada más podía estar en estado líquido sino ella; y otros en la dosis en que tuvieran agua. Así que no tenía sentido, no era sensible, hablar de aire, fuego, tierra líquidos.

Todavía en nuestros días la frase «aire líquido» carece de sentido, y se cree de posibilidad, para la gran mayoría de personas. Hablar de oro líquido, gaseoso (o aireoso), parece resordar la fábula de Júpiter convirtiéndose en lluvia de oro, en oro líquido, en oro en gotas para conquistar una doncella.

Adelantemos una afirmación: «todos los cuerpos, sin excepción, pueden estar, cada uno en los tres estados: líquido, sólido, gaseoso».

No solamente pueden, en abstracto o en deseos o conveniencias, sino consta experimentalmente tal realidad.

Cuerpo sólido: el uranio, resulta gas (de partículas: electrones, fotones...) y es en una bomba atómica.

Y toda la luz, todos los fotones (que son sus «elementos») que caen durante un día sobre el desierto de Sahara, mediante instrumentos adecuados se convertirían en unos granitos de arena. Tal es la afirmación de físico tan notable e ingenioso como sir Eddington.

El paso de agua líquida a vapor, a nube, es fenómeno diario, hasta en las cocinas.

Para un griego clásico todas esas transmutaciones fueran imposibles de conceptualizar y hacer.

Además los cuatro elementos tenían, cada uno, lugar propio en el universo. Y hacia él tendía. Así la tierra tenía como lugar propio el centro del Universo. Y todos los demás cuerpos tendían, caían, hacia ella en la dosis que tuvieran de tierra. Tal, las piedras, las aves, los hombres. Ley de gravitación. Empeño el fuego, el aire, el agua o estaban sometidos a la gravedad, a caer sobre la tierra. Eran ingravidos. El fuego no pesa y si un cuerpo tiene una dosis de fuego, en esa dosis no cae, no pesa, no tiende a la tierra como a su centro.

El agua tiene como lugar propio rodear a la Tierra; ser océano de ella, su horizonte. Si lo que se llama y aparece como nube, vapores, es agua volverá a océano, no porque caiga, por influencia de la tierra, o lo que tuviera de tierra, sino porque su lugar propio es el agua.

El aire tiene como lugar propio rodear a la Tierra; ser como un especial océano suyo. No pesa. En él se propagan los sonidos, las voces, las palabras de todos los hombres, de los trágicos y dramaturgos, inclusive las de los dioses y diosas, como los o las que intervinieron en la Guerra de Troya; los oráculos de Apolo, en el aire se declaraban.

El fuego tiene como lugar propio rodear a la Tierra, circularla, mantenerla caliente y ponerse a servicio de los hombres, y de los dioses, diosas, héroes, en sus hogueras, piras, hornos, cocinas. El fuego era, por privilegio, sagrado, divino, y Prometeo tuvo que robárselo a los dioses, a Vulcano, para entregarlo a los hombres.

Además de los tres estados hay otros. Semiintermedios como el gelatinoso, salsas, mieles... Merecen especial mención

y aprecio el cristalino y el amorfo. Diamante y carbón son los casos ejemplares. Ambos son estados del elemento (ahora científicamente conocido e industrialmente aprovechado) el Carbono. Carbono cristalizado es el diamante; amorfo, el carbón.

Guiándonos por los sentidos: vista, gusto, tacto, olfato y por los diversos usos y precios, un clásico los tuviera por más que específicamente diversos; casi opuestos, sensiblemente opuestos o contrarios. Así se lo parecieran a un griego. Y no los insultaríamos.

Luego las diferencias de estados de los cuerpos son más profundas y resaltadas que las diferencias entre las llamadas y tenidas por específicas y genéricas.

Estudiemos las categorías de «estado» en otros órdenes. Comenzando por el humano. Su clásica definición de «animal racional» no es realizable sin más en este mundo. *Es; no está.*

Lo real es el hombre; un hombre está siendo a ratos, en actos, animalmente racional, y en otros, racionalmente animal. Racionalmente animal impregnando el animal, lo está siendo al dominar por virtudes los instintos, al reglamentar sus necesidades en el comer, beber, sexear; al sustituir chillidos, por voces, por lenguaje; al macho, por padre; a la hembra, por madre; a los cachorros, por hermano, pariente...

Y al revés: estará siendo animalmente racional, afectando a, inoculándose en lo racional, cuando en vez de racional se impone el instinto; en lugar de voluntad, el apetito; depone a padre, en macho; a mujer, en hembra... A religión en dioses, supersticiones, ídolos, Moloch... Estados de la misma realidad: humana.

Dioses animalmente divino: Urano, Cronos. Dioses divinamente animales: Júpiter, Apolo, Venus, Prometeo...

Jehová, animalmente divino: el de la circuncisión, sacrificio de primogénitos egipcios; divinamente animal, el de las Doce Tablas, Ritos del Levítico...

«Estado» constituye no sólo conceptualmente, sino en realidad de verdad comprobable históricamente, al «esencia», a «especie». Estas inmutables, eternas, así que supratemporales.

La esencia de hombre es irrealizable en este mundo. En el supramundo celestial de Platón el hombre está en estado de «*eidós*», e un «*eidós*». Y un *eidós* se caracteriza por estar

«siendo en sí, para sí mismo, a solas de todo lo otro, inmutable, eterno».

Y si se trata de *eidos*, de vivientes —humanos o divinos— la inmutabilidad hace de ellos «pasmados», extáticos, absortos en sí, para sí, cada uno a solas de los demás. Y el *cosmos* de ellos, «constelación». Tal parece ya, a criterio de vista humana, el Cielo estrellado.

Los dos o tres estados de las realidades o cuerpos físicos están unidos por una función, o ley cuantitativamente fijada ya para cuerpos elementales, como agua, vapor de ella, corriente dentro de un recinto o cámara. Ley de fases de Gibbs. Termodinámica actual.

El cuerpo humano es —sea dicho más bien como sugerencia que cual afirmación científica o filosófica— un recinto o cámara en que hay partes en estado sólido, otras en líquido y gaseoso, gelatinoso, cartilago... así que la ley que vinculara tal plural bien diverso de estados fuera complicadísima y no se extrañará el lector que el autor de esta obra se confiese incompetente e ignorante.

Quito, 24 de junio de 1992